

TOPÓNIMOS GRIEGOS EN IBERIA Y TARTESSOS

FRANCISCO R. ADRADOS

The author revises the toponyms of Greek origin in the Mediterranean coast of Spain, as well as the Greek adaptations of non-Greek toponyms. From this study some conclusions are reached on the knowledge of geographical accidents, productions and people by the Greeks from the sixth century B.C. onwards. The Ionian dialect appears in some of these toponyms. Also the names *Tartessos* and *Tarsis*, hellenized forms of *tart-* / *turt-*, are studied: *Tarsis* presents the well known Ionian phonetical change *-tis* > *-sis*.

1. *El contacto de los griegos con Iberia y Tartessos*

En numerosas publicaciones sobre topónimos en Iberia y Tartessos se mencionan etimologías griegas. Pero no conozco ningún estudio sistemático sobre los topónimos griegos: su etimología y las razones de su formación.

Naturalmente, su estudio está en relación con el tema del conocimiento de Occidente en Grecia y el de la llegada de los griegos a Occidente: a Iberia y Tartessos, en nuestro caso. No voy, claro está, a debatir la enorme bibliografía sobre el tema, pero sí a presentar un cuadro general desde nuestro punto de vista.

Nuestra Península comenzó a dibujarse en la imagen del mundo de los griegos a través del mito: el libro de Elvira Gangutia¹ lo hace ver claramente. Pero hay que decir una cosa: lo primero es el mito, lo segundo su

¹ Me refiero a *Testimonia Hispaniae Antiquae* II A (J. Mangas y D. Plácido eds.), *La Península Ibérica en los autores griegos: de Homero a Platón*, obra de E. Gangutia (con una edición de las inscripciones griegas, obra de H. Rodríguez Somolinos). En adelante es citado como *THA* II.

localización en Occidente. Se trata, claro está, del mito relativo al Océano y a los paraísos y regiones infernales cerca de él situados. Ya desde Homero y, sobre todo, desde Hesíodo, aparece trasplantado a Occidente, en los confines del Océano, el mito griego, en un momento en que queda el eco de las navegaciones micénicas por todo el Mediterráneo y en que, desde el siglo VIII, comenzaron las nuevas navegaciones.

Hay que añadir, antes de seguir adelante, algo esencial: el influjo que en estas localizaciones ejercieron los mitos mesopotámicos que buscaban en Occidente el País de los Muertos y ponían en conexión con él leyendas como las de Gilgamés y Ninurta. Yo mismo y Elvira Gangutia hemos puesto en relación poemas como el *Gilgamés*, el *Lugal-e* y el *Anzû* con temas de las navegaciones de Odiseo y con la aventura occidental de Heracles, vencedor de Gerión², entre otros más. Hesíodo, Estesícoro e Ibico son, tras Homero, los principales portadores de esta tradición.

Los navegantes que en la Edad Micénica y la posterior llegaban a Occidente llevaban la cabeza llena de estos mitos sobre el Océano, los Cimerios, las bocas del infierno y las puertas del Sol, Atlas, Gerión y su acompañamiento, las islas Eritea y Sarpedonia, el Jardín de las Hespérides, el Elisio, las Gorgonas. Estos son los primeros nombres griegos en nuestro país: nombres míticos traídos de Grecia.

La visión de los montes Abila y Calpe localizaba las antiguas columnas de Crono, luego de Heracles, solo comprensibles a partir del mito de la separación del Cielo y la Tierra por el propio Crono. Las islas misteriosas se hacían sede de lugares paradisiacos, también temibles: más tarde, se buscaba darles un asiento geográfico firme. Con ello no se hacía sino llevar más allá, hacia Occidente, los paraísos y los terrores homéricos de las islas de Circe y de Calipso, de las sedes de las sirenas y los lestrigones.

Se creó así, poco a poco, una mágica geografía, iniciada por Estesícoro con su río Tartessos y su isla Eritia, donde Gerión apacentaba sus vacas. Otro modelo es el de las sucesivas localizaciones de las Islas Afortunadas³.

² Cf. mi «Propuestas para una nueva edición e interpretación de Estesícoro», *Emerita* 46, 1978, pp. 251-299; y E. Gangutia, «Gerioneidas: desarrollo literario griego en contacto con el próximo Oriente», *Emerita* 66, 1998, pp. 231-256. En ambos artículos se recoge la abundante bibliografía sobre el tema.

³ Cf. M. Martínez, *Canarias en la Mitología*, Madrid, 1992; y *Las islas Canarias en la*

Pero ni el mito ni la geografía mítica son el objeto de este trabajo. Lo que quiero señalar es que los nombres de los personajes y lugares míticos que los poetas colocaban en Occidente (pero no solo en Occidente, algunos de ellos), no son occidentales: son griegos, en contra de algunas propuestas⁴. Abren el paso a la geografía real, a partir del siglo VII.

Griegos eran el Océano, el Céfiro que en su orilla embarazaba a la Harpía Podarges, también griega, y ella paría los caballos de Aquiles; y las otras Harpías, y las Hespérides. Y Briareo y Egeón y Atlas y Crono y Heracles; y toda la parentela y el «entourage» de Gerión: Posidón y la Gorgona Medusa, Crisáor y Calírroe, Euritió y Menetio; y Eritea ‘la roja’, que es al tiempo una Hespéride y una isla. El perro de Gerión, con las variantes Orto y Orto, es también griego, sin duda. Y pienso que lo es el mismo Gerión, aunque a partir de un pasaje de Avieno se haya intentado varias veces derivarlo de una forma indígena⁵.

Efectivamente, las varias formas del gigante tricéfalo (Γηρυών, Γηρυόνης, Γηρυονεύς) son griegas y la básica es la primera. Tiene paralelos estrictos en su formación a partir del verbo γηρύω: cf. ἀρήγω / ἀρηγών, στάζω / σταγών, τρύζω / τρυγών y también ἀλαζών, λαγγών, βαιών, etc.; y otras con acento en la penúltima, del tipo de φείδων⁶. La dificultad que se pone es salvable. Ciertamente que en el mito griego Gerión no canta como las Hespérides, pero lo que sabemos sobre su naturaleza arcaica como monstruo alado, testimoniada por Estesícoro, un monstruo paralelo al Anzû mesopotámico, nos da una pista. Hay que comparar las aves estinfalias y las Harpías y hasta

Antigüedad, Tenerife, 1996.

⁴ Muchos estaban localizados, en el origen, en Oriente, hubo un proceso por el que gradualmente fueron trasladados a Occidente. Cf. L. García Iglesias, «La Península Ibérica y las tradiciones griegas de tipo mítico», *AEspA* 139-140, 1979, pp. 131-140; C. G. Wagner, «Tartessos y las tradiciones literarias», *Rivista di Studi Fenici* 14, 1986, pp. 201-228.

⁵ Cf. *Ora Maritima* 263, 304: Avieno propone que de la *arx gerontis* viene el nombre de Gerión; A. Schulten, *Avieno. Ora maritima*, Barcelona, 1955 (en adelante: Schulten), p. 113 cree que la verdad es al contrario. Creo que la *arx gerontis* es ‘la fortaleza del viejo’, o sea, de Crono: cf. Estrabón 3.5.3 y J. Mangas y D. Plácido (eds.), *Testimonia Hispaniae Antiquae* I. Avieno. *Ora Maritima*, Madrid, 1994 (en adelante: *THA* I), p. 86 sobre el próximo templo de Crono. Véanse varias interpretaciones del nombre de Gerión en E. Gangutia, *THA* II, p. 68; se inclina (p. 69) a derivarlo de un nombre no griego.

⁶ Cf. P. Chantraine, *La formation des noms en grec ancien*, París, 1933, p. 158 ss.

las sirenas, aves de muerte, y pensar en el grito aterrador del monstruo alado lanzándose sobre su presa, ni más ni menos que la Escila virgiliana y el *Oceanus latrator* de Avieno 390. Nótese que en Píndaro, *O.* 2.96 el poeta, que es el águila, invita a los «cuervos» Simónides y Baquilides a graznar vanamente (ἄκραντα γηρυέτων) contra la primera. El Gerión clásico, con su tricefalia, que tiene paralelos indoeuropeos, es posiblemente secundario⁷.

Ahora bien, como queda indicado, al mito de las regiones occidentales, regiones infernales y paradisíacas a las que solo acceden héroes como Odiseo y Heracles, paralelos de Gilgamés y Ninurta, recibe gradualmente, ya he dicho, una localización geográfica. Posiblemente la más antigua es la de las «columnas» de Heracles, nombre dado por los focenses al que los fenicios llamaban «estrecho de Melkart» y que en un momento se atribuyó a Crono. Los dos montes simétricos de Africa y Europa daban la “solución” al problema mítico de compaginar la separación de Tierra y Cielo por obra de Crono y la unión de tierra y cielo en el horizonte. Pero véase más abajo.

Y luego tenemos a Estesícoro, con su isla Eritea «enfrente de las inagotables fuentes del río Tartessos de raíces de plata»: el Guadalquivir⁸. Y luego seguirán gradualmente los demás nombres geográficos. Nada extraño que los griegos, tras trasplantar a Occidente su geografía mítica y sus propios mitos, consideraran normal ampliar esta geografía con nuevos topónimos. Esto sucedió, naturalmente, al llegarse a un conocimiento directo de Iberia y Tartessos.

En Hecateo, en la *Ora Maritima* de Avieno (que tiene fuentes arcaicas, griegas y púnicas, sea o no cierta la tesis de Schulten sobre su derivación de un periplo masaliota del siglo VI) y en fuentes posteriores desde el siglo V o IV (Ferécides de Atenas, Píndaro, los trágicos y cómicos, Scylax, Helanico y los historiadores, Platón, etc.) aparecen ya nuevas versiones de los antiguos mitos, ya topónimos más o menos reales.

⁷ Cf. E. Gangutia, l. c., p. 237, n. 19 (que cita mi «El mito indio en la perspectiva del mito indoeuropeo», *Estudios sobre la Antigüedad en Homenaje al profesor Montero Díaz*, Madrid, 1989, pp. 66-81).

⁸ La plata de Tartessos es el gran tópico, véase más abajo a propósito de Ἀλύβη, del ἀργυροῦν ὄρος, etc. Pero la plata de Tartessos la conocemos también por las fuentes hebreas, por ejemplo Jeremías 10.7-9. Y, por supuesto, por la investigaciones mineras actuales, cf. J. Fernández Jurado, «Economía Tartésica: minería y metalurgia», en *Huelva en su Historia*, Sevilla, 1986, pp. 149-170.

Habría que hacer, para comprender esto, una historia de los contactos de los griegos con nuestra Península. Y esto es imposible aquí. Pero recuerdo las grandes líneas y fechas:

1. Existen huellas de navegaciones micénicas que llegaban a Sicilia y a España, donde hay hallazgos de cerámica de esta época⁹.

2. A partir del siglo VIII se reanudaron las navegaciones griegas, que han dejado huella arqueológica en nuestra Península, sobre todo en Huelva y Málaga, y dieron origen a la escritura tartesia, quizá desde el mismo siglo VIII¹⁰, así como a otras escrituras indígenas. He aquí algunas fechas obtenidas de fuentes literarias:

638: llegada a Tartessos de Coleo de Samos, según Heródoto IV 152 empujado por la tempestad (pero los datos arqueológicos son más antiguos).

c. 600: Fundación de Massalia.

c. 600-550: conocimiento de Tartessos por Estesícoro. Fundación de Emporion, Hemeroscopion, Alonis y Mainake.

c. 540: visita de los focenses a Argantonio (Heródoto I 163).

c. 535: batalla de Alalia entre los focenses y la coalición de etruscos y cartagineses.

Tras esta batalla desapareció el reino de Tartessos, las colonias griegas (salvo Emporion) fueron destruidas e Iberia quedó cerrada a los griegos. Pero, en la zona Norte al menos, esto no es exacto: los plomos de Ampurias y Pech Maho, anteriores al siglo IV, testimonian relaciones comerciales estrechas entre griegos e indígenas. Y lo mismo, más al Sur, la creación de la llamada escritura greco-ibérica de Levante: textos del s. IV, pero en una escritura de origen anterior¹¹.

⁹ Cf. bibliografía en mi «Μυθικές, μυκηναϊκές και σύγχρονες του Όμήρου θαλασσοπορίες στην Οδύσσεια», en *OMHRIKA*, Ítaca, 1998, p. 24 ss. También M. Bendala Galán, «Las más antiguas navegaciones griegas a España y el origen de Tartessos», *AEspA* 139-140, pp. 33-38, quien cree en navegaciones antiguas a España de gentes de raigambre griega y en un componente griego en la génesis de la civilización tartésica.

¹⁰ Sobre el eco de estas navegaciones en la *Odisea*, véase mi artículo citado en la nota anterior. Sobre la colonización griega en España y el origen de las escrituras locales, mi *Historia de la Lengua Griega*, Madrid, 1999, pp. 66 y 72, con bibliografía; también E. Gangutia, «Hecateo y las inscripciones griegas más antiguas de la Península Ibérica» *Archivo Español de Arqueología* 72, 1999, pp. 3-14.

¹¹ Cf. la edición de los plomos por H. Rodríguez Somolinos, en el tomo publicado conjuntamente con E. Gangutia antes citado (*THA* II), p. 333 ss. Sobre esos contactos comerciales

Este es el panorama del que hemos de sacar consecuencias para las navegaciones, los intercambios con los indígenas, los puestos comerciales, las colonias: éstas solo desde el 600, los puestos comerciales son sin duda más antiguos, igual que en lugares como Tell Sukas, Pitecusa, Naucratis, Al Mina, donde hay huellas de comercio desde el siglo IX. Y, naturalmente, todo esto es el punto de partida de la toponimia griega en Iberia y Tartessos.

El hecho es que los griegos llegaban a un mundo extraño, con habitantes de etnias diversas y de lenguas diversas. No es este mi tema ahora, pero en Iberia y Tartessos encontramos huellas del paleoindoeuropeo, por ejemplo, en la raíz hidronímica *tur*¹²; encontramos ligur (la *palus ligustina*); ibérico, cómo no (*il*- ‘ciudad’, *ib* ‘río’, etc.); celta (los *celtici*, *-briga*, *Seg-*, *-eburo*, *-samo*, etc.); un área meridional suroccidental, quizá tartesia (*-uba* / *-oba*, *-ippo*, *-urgi*) (algunos dicen que indoeuropea); lusitano (indoeuropeo no celta) (*porcom*, etc.); púnico (*Cartaia*, *Gades*)¹³. Imposible desenredar la compleja situación lingüística, solo en algunos casos tenemos éxito.

Frente a este panorama, los griegos que navegaban, comerciaban y a veces se establecieron no tenían más que tres salidas: o aceptar los nombres indígenas; o adaptarlos al griego; o poner nombres griegos, aunque solo fuera para usarlos ellos, otras veces para imponerlos (en las colonias sobre todo). En una obra como la *Ora Maritima* o en el mismo Hecateo hay de todo esto: y con frecuencia es muy difícil la interpretación.

Yendo ahora a nuestro tema, los topónimos griegos, pensamos que hay que distinguir casos diferentes:

y la escritura greco-ibérica, cf. J. de Hoz, «Epigrafía griega de Occidente y escritura greco-ibérica», en *33! CO! 3?3 + 77 /; + E EI /; 3EA! ; 3!*, Atenas, 1998, pp. 181-196; «Koiné sin Alejandro: griego y lenguas anhelénicas en el Mediterráneo occidental durante la época helenística», en *La koiné grecque antique* III (C. Brixhe ed.), pp. 119-136, con bibliografía.

¹² Cf. sobre todo F. Villar, «Termes, Tarraco, Turiasu», *Beiträge zur Namenforschung* 28, 1993, pp. 301-1339; «Los topónimos de la serie *tur*», en *Estudios de Celtibérico y de Toponimia prerromana*, Salamanca 1995, pp. 199-244; y «Indoeuropeos y no indoeuropeos en la Península Ibérica» (en prensa); también mi «Precelta, celta y latín en la toponimia hispánica» (en prensa). La raíz *tur*- ‘fuente, río, agua’ está en *Turta*, *Turdetani*, etc., creo que en *Baeturia*; y está emparentada con *tart*- (en *Ταρτησσός*), véase más abajo.

¹³ Tras mucha bibliografía, cf. F. Villar, «Las lenguas de la Hispania prerromana», *Nova Tellus*, 14, 1996, pp. 153-191.

a) Navegantes y comerciantes pueden poner nombres griegos a accidentes geográficos que divisan desde el mar. Todo esto no implica el establecimiento de los griegos. Conviene estudiar de dónde tomaron estos nombres: pudieron crearlos a partir de la forma o características de los accidentes geográficos o poner nombres originales de Grecia o de Asia o traducir nombres púnicos o indígenas. Es análogo a lo que hicieron españoles y portugueses en América.

Conviene, de otra parte, estudiar los rasgos jonios de todos estos nombres. Pues fueron los focenses quienes primero vinieron a nuestras costas, en jonio están escritos los plomos de Ampurias y Pech Maho y del alfabeto jonio derivó el greco-ibérico.

b) Una variante es cuando se fundaron colonias ya con nombre griego: pero puede aceptarse uno indígena, así en Μαινακή.

c) Pero también es interesante el caso de nombres indígenas “adaptados” al griego. Y esto vale también para algún nombre propio señalado, pienso en Argantonio, luego hablaré de él. Hay que ver a qué tipo de griego, dialectal o geográfico, se acudió.

2. Los topónimos griegos en Iberia y Tartessos

Vamos a señalar sucesivamente los diferentes casos.

1. Nombres griegos.

Agonis en Av. 214, isla Armação junto al cabo San Vicente, cf. Schulten, p. 107.

Ἄκρα Λευκή en D. S. 25. 10, en el Tossal de Manises, cerca de Alicante. Cf. Tovar II, p. 201. El nombre latino *Lucentum* es probablemente una traducción del griego, pueden visitarse las ruinas de esta ciudad bien cerca de la moderna; de ahí deriva, a través del árabe, el nombre moderno *Alicante*.

Ἄλωναίς en Mela 2.6, colonia al N. de Alicante, a veces (Ptol. 2.6.14) se la llama Ἄλωναί, debe venir de ἄλωνη ‘era’, es también el nombre de una isla en la Propóntide. Localización dudosa, cf. Tovar II, p. 205.

Ἀργυροῦν ὄρος en Strab. 3.2.11, donde introduce el pasaje de Estesícoro que habla de las fuentes del Guadalquivir ἄργυρόριζος. Para el *mons Argentarius* de Av. 290 cf. Schulten, p. 116 y para el Ἀργανθών más abajo.

Calacticus sinus en Av. 424 viene de Καλή Ἀκτή. Para la localización véase *THA* I, p. 116; también aparece el mismo nombre en Eubea, Ptol. 3.7.24, etc. Véase más abajo sobre Καλάθη.

Callipolis en Av. 515, se duda entre Barcelona y Tarragona. Cf. Schulten, p. 135 y Tovar II, p. 442.

Calpe en Av. 344 y 348 es el peñón de Gibraltar, pero es también nombre del peñón de

Ifach, cerca de Denia. El mismo Aviano (y sch. Iuu. 14.279) lo derivan de su forma de *urceus*, es decir, de *κάλπη*; también hay una ciudad de Bitinia de este nombre, cf. St. Byz. 349 M. Cf. Tovar I, p. 72¹⁴.

Cassius mons en Av. 259 es probablemente «la sierra del Pinar, mogote más alto de la sierra de Grazalema», cf. *THA* I, p. 85 s. (véase allí la crítica de la identificación de Schulten, p. 112 y la hipótesis de uno de los colaboradores, rechazada por otro, de identificarlo con el *mons argentarius*). Avieno dice que de ahí viene el nombre griego del estaño, *κασσίτερος*. Para Schulten, p. 112 es un nombre traído del *mons Cassius*, junto a Pelusion, en el delta del Nilo (en realidad *Casius*, Mel. 1.10, Plin. *NH* V 12-14); yo más bien creo que este monte y el de Hispania son nombres de colonización y vienen del conocido monte Casio de Siria, cf. por ej. Plin *NH* V 22.18.

Lo identificaron con el nombre del estaño, pues el *mons Argentarius* según Av. 293 «brilla con el estaño». Cf. también, sobre el estaño arrastrado por el río Tartessos, Av. 297, St. Byz. y Scymn. 164 (de Eforo: habla de estaño, oro, bronce); igual dice Eustacio in *D.P.* 337 del Baitis. Pero es la plata, ya he dicho, el metal que desde Estesícoro aparece más frecuentemente unido a Tartessos.

Cetaria, de Κῆτος, cerca de Tarifa, en Ptol. 3.4.2. Cf. Tovar I, p. 69. También en Sicilia, Ptol. 3.4.2.

Cherroneso en Str. 3.4.6, quizá Peñíscola. Cf. Schulten, p. 134 y Tovar II, p. 290.

Chrysus, en Av. 419, es el río Guadiaro, cuyo nombre indígena es Barbesula, cf. Schulten, p. 125.

Cypsela en Av. 527, es gr. 'arca'. Quizá Ullastret. Cf. Tovar II, p. 464.

Emporiae, *Emporium* (Ampurias), falta en Av. Cf. Tovar II, p. 429 ss..

Erebea: la *palus Erebea* de Av. 244, junto al *iugum* y al *sacrum infernae deae fanum*, es leída así por Schulten, p. 109 (de Ἐρεβος), la coloca en la desembocadura del Tinto, compara la Ἱαπωνος λίμνη de Sud.; pero *THA* I, p. 83 mantiene el *Etrephaea* de los mss.

Erythia, ya hemos hablado de esta isla, ya mítica, ya localizada variamente. Es la 'isla roja', como la mítica *Isla blanca* del Ponto Euxino. La más antigua mención es en Hes. *Th.* 982.

Gerontis arx en Av. 263 «de antiguo nombre griego» es, como dije, γέροντος 'del viejo', es decir, de Crono, próxima al templo de este dios (Strab. 3.5.3), cerca de la isla de Sancti Petri. Cf. *THA* I, p. 86.

Gymnesia en Av. 467 (Ibiza). Se refiere sin duda a los honderos o γυμνῆτες, cf. Tovar II, p. 252.

Herma, esto es, ἑρμα 'escollo', relativo en Av. 323 a los bajos junto al cabo Trafalgar, pero también ha dejado huella en Africa, donde el Cabo Espartel es Ἑρμαία ἄκρα, cf. Schulten, p. 120 y *THA* II, p. 42.

¹⁴ Cito así en adelante su *Iberiche Landeskunde*, II 1 *Baetica*, Baden-Baden, 1974 (y como Tovar II el vol. II 3, *Tarraconensis*, Baden-Baden, 1989).

Ἡμεροσκοπεῖον (Denia) en Av. 476, St. Byz., p. 133; en latín es *Dianium* por un templo de Afrodita (así ya Str. 3.4.6. Cf. Tovar II, p. 207.

Ἡραϊ νῆσοι, próxima a las Columnas de Hércules según Artemidoro, fr. 10.

Ἡρίδανος en Iberia en Esquilo, fr. 73a, Ferécides 16a, lo niega Hdt. 3. 115. Más bien pertenece a la geografía mítica.

Κασσιτερίδες, las 'islas del estaño' desde Hdt. 3. 115. Sea cual sea su localización precisa, el nombre viene de los navegantes focenses que iban a Tartessos; es palabra griega préstamo del elamita. Véase a propósito del *mons Cassius*.

Κρομύουσα «isla de Iberia» en Hecat. 51: una 'isla cebollera' que quizá sea Mallorca, cf. Tovar II, p. 254.

Λευκάς πέτρη, lugar mítico junto al Océano en *Od.* 24.11 localizado variamente en 'cabos blancos' de Africa y España, así en el peñón de Gibraltar, también en Leúcade y otros lugares. Cf. *THA* II, p. 42 y Tovar I, p. 69 sobre el *portus albus*, Algeciras. Se propone Menorca, cf. Tovar II, p. 254.

Μήλουσα en *Hecat.* 52 (isla de Iberia no identificada). Quizá sea 'rica en ganado', Εὔμηλος es uno de los reyes de la Atlántida platónica. Se propone Menorca, cf. Tovar, II, p. 254.

Μίσηγτες o 'mezclados', pueblo ibero en Hecat. 50

Mnesthei portus en Str. 3.1.9 y otros lugares se localiza en el Puerto de Santa María, cf. Tovar I, p. 50.

Μολυβδίνη en Str. 44, 'la ciudad del plomo' en los Mastienos.

Ὀνοῦσσα ο Οἰνοῦσσα (¿abundante en asnos? ¿en vides?) Peñíscola, cf. *THA* II, p. 139, n. 483; pero se propone una lectura Οἰνοῦσσα, que sería Cartagena, cf. Tovar III, p. 290.

Ophius(s)a, 'abundante en serpientes', en Av. 148, 152 es el cabo Roca para Schulten, p. 99, o toda España para *THA* I, p. 67, o Formentera según otros, cf. Tovar II, p. 243.

Πιτυοῦσα es el nombre que de Av. 435 parece deducirse para el cabo Sabinal, coincide con el nombre dado a Ibiza y Formentera. Cf. Schulten, p. 127 y Tovar II, p. 243.

Rhode en Mela 2.89, Pl. *NH* 3.33, etc., en lat. *Roda*, Liu. 34. 8: Rosas, también en epígrafes monetales. Cf. Tovar II, p. 463. Cf. la -η jonia y la latinización en -a.

Σαρπηδονία, la isla Sarpedonia de Stes. 183 la busca Schulten, p. 183 en Tartessos. Hay un cabo Sarpedonio en Tracia (Hdt. 7.58, S., fr. 45 R.).

Σκομβραρία ἄκρα, nombre dado por Ptol. 2.6.14 al cabo de Palos.

Στήλαι 'las columnas' (de Crono, de Briareo, de Egeón, de Atlas o de Heracles), así nombradas desde la *Titanomaquia* del s. VII a. C. (cf. *THA* II, p. 52 s.) Pero ya desde Homero (*Od.* 1.53) se habla de los κίονες que separan en cielo y la tierra y son sujetos por Atlas. Cf. *THA* II, p. 48.

Strongyle insula en Av. 453 es para Schulten, p. 129 la isla Gruesa, junto al Mar Menor.

Tingentera, en Pomp. Mela, cerca de Algeciras, interpretada como 'la otra Tingi', cf. Tovar I, p. 129.

Trete en Av. 452 designa el Cabo de Palos; Schulten, p. 129 lo entiende como una τρητή ἄκρα, paralela a un monte Τρητόν en Argos, cf. *THA* I, p. 124.

Ulisi en *CIL* 2.5498, 5499, quizá cerca de Loja y relacionado con Ὀδύσσεια, Str. 3.4.3; sobre Artemidoro, cf. Tovar I, p. 135.

Xera en St. Byz. 481 (de Teopompo) «junto a las columnas de Heracles». Cf. Tovar I, p. 73.

Χαριδήμιου ἄκρα es el nombre que da Ptol. 2.4.7 al cabo de Gata (*fanum y iugum Veneris* en Av. 437).

Χοιράδες, ‘escollos’, referido al N. de Mallorca y Menorca en Timeo en Tzet. *ad Lyc.* 633. Cf. Tovar II, p. 251.

Respecto a esta serie de nombres griegos pueden hacerse varios comentarios:

a) No son diferentes de otros nombres griegos en Occidente: Sicilia, Italia, Sur de la Galia, Africa. Muchos son, ya se ha notado, nombres de colonización, traídos de Grecia o Asia Menor, sobre todo de esta última: llamo la atención sobre Ἀλωνίς, *Calacticus*, *Calpe*, *Cassius mons*, *Cetaria*, *Cherroneo*, Λευκή πέτρη, *Rhode*, *Treta*; incluso de Europa (Ἡρίδανος). Y sobre -οῦσα, tan frecuente en la colonización más antigua y sobre todo en la de los focenses.

b) O bien son tomados de las características del lugar: costa o roca bella, blanca, agujereada, seca, ‘en forma de cántaro’ o ‘arca’, ‘escollo’; isla roja, redonda; península. O bien de los minerales o plantas: estaño, oro, plata, plomo; pinos, cebollas, ganado (?); escombros, serpientes. O lugar oscuro o “infernol”: Erebea. También hay referencias míticas (a Crono, Odiseo, Sarpedón, Mnesteo) o un posible descubridor (Caridemo). O simplemente, a los habitantes (desnudos, mezclados) o su actividad (‘mercado’). O a la situación geográfica (*Tingentera*, *Hemeroskopion*).

c) Hay que añadir que los topónimos griegos presentan rasgos jonios, cosa normal en las fuentes en que aparecen: así Ἀλύβη, Ἐρυθία, Λευκή, Μολυβδίνη, πέτρη; pero también en el texto latino de Avieno hay *Strongyle*, *Trete* (y fuera de él, *Rhode*).

Todos los textos griegos hablan de κασσίτερος, κασσιτέριδες, con la -ss-jonia. Ahora bien, textos griegos tardíos introducen formas áticas o de koiné (ἄκρα, ἀργυροῦν, Σκομβραρία, Ξερά) y esto es lo frecuente en los textos latinos (*Cetaria*, *Chrysus*, *Erebea*, *Erythea*, *Gymnesia*, *Tingentera*).

Como se ve, las creaciones toponímicas son paralelas a las de españoles y portugueses en América: nombres míticos y religiosos, referencias geográficas o a las poblaciones, nombres de los descubridores, adaptaciones de nombres indígenas (conservados otras veces).

3. *Nombres traducidos al griego.*

Bien así transmitidos, bien a través del latín de Avieno u otros autores, tenemos nombres griegos que son traducciones de otros anteriores: púnicos o indígenas. Así en Avieno 115 el cabo de Saturno (cabo Segre), al que hay que añadir el templo de Crono (*gerontis*) de que ya hablamos. En Av. 225 hallamos el «monte consagrado al Céfiro» (según Schulten, p. 108, el monte Figo). Pero son sobre todo notables los cultos de Venus, es decir, de la Afrodita griega y, más allá, de Tanit u otras divinidades: aparte del de Av. 158 (el cabo de Higuer), tenemos Av. 437, 443 (cabo de Gata); y la isla de Venus Marina (Av. 315), según Schulten, p. 119, la isla de San Sebastián junto a Cádiz. No se ve bien cuál sería el nombre griego (¿Perséfone?) de la diosa del *iugum deae inferae*, Av. 241: Schulten, p. 109 la coloca junto a la Rábida, al lado de la *palus Erebea*. En cuanto a la isla de la Luna (Av. 367), suele identificársela con la *Noctiluca* de Av. 429. Pero cf. dudas en *THA* II, p. 107, en todo caso son islas de la bahía de Algeciras. *Noctiluca* es sin duda una traducción del griego Νυκτιφάης o Νυκτιφανής, epítetos de la Luna; y esta palabra traduce a su vez una indígena.

4. *Nombres adaptados al griego.*

Los griegos conservaron nombres indígenas, por ejemplo, el de su colonia Μαινακή. Y recogieron nombres indígenas de pueblos y lugares, son frecuentes en Hecateo, las fuentes de Avieno, etc. Pero después de lo dicho no puede extrañar que en otros casos adaptaran a su sistema toponímico raíces indígenas. Vamos a examinar los casos de *Abdera*, Ἀλύβη, Ἀργανθώνιος, *Baliaricae*, *Carteia*, Ἐβυσσος, Καλάθη, Κυνῆτες, *Saguntum*, Ταρτησσός.

Ἀβδηρα es en Str. 3. 4.3, Ptol. 2.4.7 Adra, en Almería, nombre púnico sin duda remodelado sobre la Abdera de Tracia.

Ἀλύβη en *Il.* 2. 857 («de muy lejos, de Alibe, donde está el solar de la plata»), cf. *Od.* 24.304 (Ἀλύβας, que es un monte según S., fr. 994). Desde antiguo se ha relacionado con el estrecho de Gibraltar. De Ἀλύβη serían calcos o traducciones el ἀργυροῦν ὄρος y equivalentes de que se habla más abajo. Cf. *THA* II, p. 9 ss. Pienso que pertenece más bien a la geografía mítica; y que es, cuanto más, una helenización (con -η o -ντ) de una palabra no griega.

Ἀργανθώνιος, el mítico rey de Tartessos en Hdt. 1. 163 y otros lugares, suele ponerse en relación con el nombre de la 'plata', que según J. Untermann¹⁵ es en celta *argent-*.

¹⁵ «Arganto- 'Silber' in Keltiberischen», *Indogermanica Europaea*, Graz, 1989, pp.

Pero creo que esta palabra fue puesta en conexión con el monte Ἀργανθών en Bitinia A.R.1.1178), también Ἀργανθώνη, monte y río en Misia y con derivados -ειος, -ιος. Encontramos, una vez más, un topónimo traído de Asia por la similitud del nombre con una palabra indígena, la que se refleja de uno u otro modo en Ἀλύβη, Ἀργυροῦν ὄρος y *Mons Argentarius*.

Baliaricarum ... insularum en Av. 471 corresponde al Βαλλιαρίδες de D. S. 5.17 y otras variantes, cf. Tovar II, p. 252. Todos los estudiosos concuerdan en que aquí subyace una etimología popular de un término indígena, a partir del griego βάλλω 'lanzar (piedras)' (ya así D. S. 5.7 y otros, cf. pasaje citado de Tovar y *THA* I, p. 132 s.).

Carteia, a veces confundida con Tartessos, era, según App., *BC* 2.101 «una ciudad griega». Hay una raíz púnica y una terminación griega, igual en las variantes Καρπησός, Καρπία, Καρπηία, cf. Tovar I, p. 70 s.

populi Cynetum y *Cyneticum iugum* en Av. 201 son el mismo pueblo, al Oeste de Tartessos y hasta el Océano, al que Heródoto 2. 33 llama Κύνητες y Κυνήσιοι, Herodoto de Heraclea 2a Κύνητες, cf. St. Byz. Κυνητικόν; pero Polibio 10.7.75 y otros dicen Κόνιοι, de ahí topónimos como *Conimbriga* y *Conistorgis*, a más de étnicos como *Couneidoqum* y *Couneancum*, cf. Schulten, p. 105 s. y *THA* II, p. 233. Es un pueblo sobre cuyo carácter étnico hay varias hipótesis, pero cuyo nombre, en todo caso, ha sido claramente adaptado al griego de una manera secundaria. Hay seguramente un cruce con κυνηγέτης 'cazador'.

Ἐβυσσος, cf. Ptol. 2.6 y Tovar I, pp. 278-79: helenización de pún. *YBSM* (Ibiza).

Καλάθη en Hecat. 39 es una ciudad «no lejos de las columnas de Heracles» y proviene de Eforo, que dice Καλάθουσα (hay otra en el Ponto), parece una refección griega (minorasiática) de un término indígena, hecha sobre Καλή ἄκτι, de que ya hablé. Cf. Tovar I, p. 73.

Ligyes en Av. 613 es forma griega frente a la latina *Ligures* en 628, *Ligustinus lacus* en Av. 285 puede ser lo primero o lo segundo.

Saguntum. Esta ciudad, que en las monedas es *Arse*, tiene una forma helenizada con el sufijo prehelénico -νθ-, frecuente en Asia Menor y en Grecia¹⁶. Se escribe Ζάκυνθος, Ζάκανθα, asimilándolo a Zacinto, a partir de cuya isla fue fundado según Str. 3.4.6: pura especulación etimológica.

Theodorus en Av. 456 es la helenización del río Tader, el Segura: el propio Avieno llama la atención sobre la aparición de un nombre griego en un territorio «feroz y bárbaro».

5. Tartessos

Pertenece, en realidad, al apartado anterior: nombres adaptados al griego. Pero lo pongo aparte para tratarlo con mayor extensión.

431-450. Antes en el mismo sentido A. Schulten 1945, p. 8.

¹⁶ Cf. mi *Historia...* cit., p. 45.

Ταρτησσός, el nombre del Guadalquivir desde Estesícoro 184 y *SLG* 7, según lo identificaba ya nuestra fuente, Estrabón 3.2.11, y luego nombre de una ciudad (cf. Av. 290, 297, etc.) y de un reino, el de Argantonio¹⁷, es reconocido universalmente como una forma helenizada en -ησσός: sufijo prehelénico frecuente en Grecia, pero más aún en Asia Menor¹⁸.

Por supuesto, no me voy a ocupar aquí de la historia, lengua y cultura de Tartessos¹⁹; ni de las dudas, creo que infundadas, de algunos, sobre la localización en nuestra Península de su otra forma, la Tarshish bíblica²⁰.

Pero lo que sí es claro es que, haya sido o no su lengua indoeuropea, minorasiática incluso, como a veces se ha propuesto, el antiguo nombre del Guadalquivir, *tar* (alargado en *tart*) es una raíz hidronímica paleoindoeuropea existente en toda Hispania e incluso en otros lugares del mundo europeo. Alternan *tur/turr* y también *tar/tarr*. Hay amplios estudios de F. Villar y también yo me he ocupado de ella, así como del problema del vocalismo²¹. Sea cierta mi hipótesis o no, lo claro es que hay una forma previa sin vocal y una vocalización secundaria, en dos sentidos diferentes, de la **r*.

¹⁷ Cf. sobre este tema M. Fernández-Miranda, «Algunas incógnitas y controversias en la investigación sobre Tarteso», en *Los enigmas de Tarteso* cit., pp. 91-102.

¹⁸ Incomprensibles las dudas de L. García Iglesias, art. cit., p. 139, dentro de una posición escéptica sobre los viajes de los griegos. Que el sufijo sea indoeuropeo o no, no es la cuestión, el caso es que fue extendido ampliamente por la colonización griega. -οῦσα sí es propiamente griego de origen indoeuropeo, difundido también ampliamente.

¹⁹ Cf. entre otra bibliografía: A. Schulten, *Tartessos*, 2a ed., Madrid, 1945 (1ª ed., Hamburgo, 1922); J. M^a. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1968; M. Bendala, art. cit.; F. Villar, «Las lenguas de la Hispania prerromana», *Nova Tellus* 14, 1996, pp. 153-192; J. de Hoz, «La escritura en el mundo de Hesíodo» (en prensa). Y varios artículos en *Los enigmas de Tarteso* (J. Alvar - J. M^a. Blázquez eds.), Madrid, 1993.

²⁰ Su situación en Occidente está claramente establecida por J. Alvar, tras un detenido estudio de los textos bíblicos y asirios, cf. sus «Aportaciones al estudio del Tarshish bíblico», *Rivista di Studi Fenici* 10, 1982, pp. 211-213; su identificación con Tartessos, por M. Koch, *Tarshish und Hispanien*, Berlín, 1984, tras un estudio independiente de los mismos.

²¹ Cf. F. Villar, «Los topónimos de la serie *Tur*», en *Estudios de Celtibérico y de toponimia prerromana*, Salamanca, 1995, pp. 199-244; «Termes, Tarraco, Turiasu», *BNF* 18, 1993, pp. 301-339; «Los nombres de Tartessos», *Habis* 26, 1995, pp. 243-270. Y mi trabajo «Precelta, celta y latín en la hidronimia castellana: sobre *tur / turr*, *adrado-* y *danom*» (en prensa).

Sin entrar, insisto, en el detalle, es claro que la raíz de *Tartessos* coincide con la de *Turta*, *Turdetania*, etc. (y ríos *Turia*, *Tortiella*, etc.), ni más ni menos que como hay una antigua *Turiaso* frente a *Tarazona*. Pienso que la *Baeturia*, derivada del nombre del *Baitis* (cf. *Baelo*, *Baesipo*, *Baitulo*), representa la unión de un término paleoindoeuropeo *tur* y uno ibérico *bae* para designar el río: he estudiado cómo un nombre de sustrato que ya no se entendía en un momento dado, era aclarado mediante la yuxtaposición de una forma lingüística de un estrato más moderno, así en *Turodanum*, *Torraquas*, *Guadiana*, etc. Pero no puedo entrar aquí despacio en este tema. Βαῖτις, *Baetis* es posiblemente una adaptación griega.

El caso es que hemos de pensar que los griegos derivaron de un *tart*, extraño para su sistema fonético y morfológico, la forma Ταρτησσός, como los romanos derivaron de *tur*, *turt* las formas *Turduli*, *Turdetani*, etc. La forma indígena Τούρτους la testimonia Artemidoro (en St. Byz., s.u. Τουρθητανία), también hay *Turta* (en Catón, *Orat.* 1.18.19); y hay una propuesta **Tertis*, menos segura²². Es caso es que por primera vez aparece en Livio, a propósito de la historia del año 220, la forma *Turdetani*, que sustituirá a la de *Tartessus*, que aparece aún de cuando en cuando (así en el mismo Livio 23-26, sucesos del 216). Villar supone que lleva un vocalismo más reciente.

Ahora bien, hay variantes con *-s* o *-sh*: en las formas hebreas y asirias de que trato a continuación; también, en fuentes greco-latinas, la Μαστία Ταρσήιον de Polibio 3.24.1 que M. Koch supone que es un lat. *Tarseiom* (G. pl.) no entendido y que a su vez procede de un nombre fenicio-púnico (se trata del texto del primer tratado entre Roma y Cartago). Algo semejante se piensa de los Θερσίται (Tartesios, Turdetanos) de Polibio 3.33. No estoy seguro de estas explicaciones: en todo caso, en la toponimia de Hispania no hay huella de la ampliación con *-s* de la raíz.

Esta *-s* aparece en las formas hebreas (*Tarshish*) y asirias (*Tarsisi*) de la región occidental que, ya dijimos, debe identificarse con Tartesos²³. Quiero ofrecer a continuación una hipótesis sobre estas formas.

²² Cf. M. Koch, ob. cit., p. 112. Sobre todo el tema véanse los trabajos ya citados de F. Villar, «Los topónimos...» y «Los nombres de Tartesos», también el mío «Precelta...».

²³ Aunque desde fecha antigua hay dudas e hipótesis varias y los traductores de la Biblia (los LXX) ya dicen Θάρσις, ya cosas más o menos extrañas: «el mar», «Cartago», «Tarso». Ya dá la bibliografía pertinente para la identificación con Ταρτησσός.

Presento antes, brevemente, hipótesis existentes. Schulten partía de una raíz etrusca, lo que nadie ha aceptado, pero sí algunos la posibilidad de una fricativa final -y que podía entenderse ya como silbante ya como oclusiva dental. La otra hipótesis es la de M. Koch: parte de una raíz indígenas con dos variantes, habla de «die *trs/trt* Leute». Esto en cierto modo coincide con nuestra posición, las vocalizaciones pueden ser secundarias. Pero choca en un obstáculo: no hay formas con -s en la toponimia, sólo con -t (y -d, un derivado).

Tarshis (hebrea, aparece en la Biblia en relación con «las naves de *Tarshish*») y *Tarsisi* (asiria). La cita bíblica más antigua es de c. 730 (Isaías) y otras llegan a época helenística²⁴. Bien que a veces se refieren a fecha más antigua, la de Salomón, en que una alianza entre éste y Hiram de Tiro les llevó a construir «naves de Tarsis»: es decir, naves de comercio que habían tomado su nombre de las anteriores navegaciones a Tartessos y que ahora se usaban variamente.

En todo caso, cuando hay referencias contemporáneas estamos a fines del siglo VIII (Isaías) y VII (la inscripción de Asharadón, 671). Y se nos habla de navegaciones por el Mediterráneo y se califica a *Tarshish* de hijo de Yawán (Grecia), igual que *Kittim* (Chipre). Hay en estos textos, en efecto, huellas de navegaciones tirias, en efecto, ya en el siglo X y luego a partir del VIII: una línea de comercio Tiro-Tartessos.

Pero vuelvo al problema lingüístico: la forma con -*shi*, que viene sin duda desde antiguo, pero que los griegos decidieron rechazar, aceptando, igual que luego los romanos, la -t final de la lengua indígena (los romanos, con otro vocalismo).

Pues bien, la única manera, pienso, de interpretar la alternancia -t- / -s es notar que esta -s aparece ante -i y que podemos pensar que la vía de entrada de -*si* es la evolución griega -*ti* > -*si*. Esta evolución, comenzada ya en el segundo milenio en micénico y en el dialecto épico, se difundió (aunque nunca totalmente) en jónico-ático, arcadio, chipriota y lesbio.

²⁴ Véase J. M^a Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1968, p. 15 ss.; y antes Schulten, p. 173 ss. También los trabajos ya citados de J. Alvar y M. Koch. La documentación completa sobre las formas del nombre puede encontrarse en el Apéndice de M^a M. Miró a *Los enigmas de Tarteso* cit., p. 204 ss.

O sea: antes de la forma helenizada en -τησσός hubo otra forma, también helenizada, en -τις (como la del Βαετις, por ejemplo), que los griegos llevaron a Oriente quizá desde el siglo X o antes, en época micénica. Buen testimonio, a añadir a los arqueológicos, sobre las antiguas relaciones de micénicos y tartesios²⁵. Y de fenicio y griegos, desde luego: pues fueron aquéllos los que difundieron la palabra.

La objeción que podría ponerse es la de por qué no se conservó esta forma en los textos griegos. Aparte de que pueden quedar huellas antes mencionadas, lo claro es que en su gran época de navegaciones ya solitarias por Occidente, desde el siglo VIII, prefirieron dar nombre al gran reino de Occidente con el sufijo que la colonización ponía ahora de moda: Ταρτησσός. Es la época en que, sin duda, fundaron allí un *emporion*²⁶.

Extraña historia: una forma indígena helenizada con -τι, como tantas otras, prestada a los fenicios, difundida por éstos, sustituida por la nueva forma helenizada Ταρτησσός, luego ésta por la forma latinizada *Turdetania*.

6. Conclusiones

El estudio de los nombres míticos que lleva un pueblo colonizador y el de los topónimos que, para uso propio o para quedar establecido, impone a las nuevas tierras, tiene un interés tanto para el conocimiento de éstas como para el de las circunstancias históricas: cómo ese nuevo mundo era visto por los recién llegados, qué traían de sus tierras lejanas y trataban de implantar aquí para no sentirse tan solos, cómo veían el nuevo mundo a que llegaban. Los topónimos reflejan aquello que traían y aquello que buscaban, ilustran sobre la mezcla de religiones y culturas.

Así es, ni más ni menos, en el caso de los nombres que traían o que inventaban o copiaban los griegos, a veces traduciéndolos o adaptándolos a su

²⁵ Sobre los influjos protoorientalizantes y de los pueblos del mar, anteriores a los fenicios, véase ahora J. L. López Castro, «Difusionismo y cambio cultural en la prothistoria española: Tarteso como paradigma», en *Los enigmas de Tarteso* cit., pp. 39-68. Este influjo oriental arcaico se ve también en la «sociedad palacial», estudiada por M. Almagro Gorbea en «Tarteso desde sus áreas de influencia: la sociedad palacial en la Península Ibérica», en *Los enigmas de Tarteso* cit., pp. 139-161.

²⁶ Cf. D. Plácido, «La imagen griega de Tarteso», en *Los enigmas de Tarteso* cit., pp. 81-89.

lengua. Traían sus dioses y mitos, sus topónimos griegos o minorasiáticos, se alegraban ante los productos vegetales y minerales que buscaban, identificaban el nuevo mundo con el suyo mediante traducciones y adaptaciones. Era un mundo nuevo del que no tenían más remedio que tomar nombres y cosas, pero que trataban de asociar a la esfera helénica, fundirlo con ella.

Ciertamente, antes de llegar a Iberia y Tartessos los griegos habían navegado, comerciado, establecido colonias en el Mediterráneo. Este fue un nuevo paso, sobre los mismos principios sentados desde antes, pero en un territorio nuevo en su geografía, su cultura, sus pueblos, sus productos, sus lenguas. Y ello desde la edad micénica, pero luego, sobre todo, desde el siglo VIII.

Comenzó este proceso con ensayos míticos y lingüísticos y con los contactos comerciales y humanos que les acompañaron, la helenización de Hispania, precedente de su romanización. Aquí he querido dar algunas luces, desde el punto de vista de la toponimia, que pueden ayudar a ilustrarla.

Hay que añadir a todo esto unas consideraciones cronológicas. Fundamentalmente, los topónimos griegos nos hacen remontar a un tiempo comprendido, aproximadamente, entre el viaje de Coleo (c. 630), que abre nuestra Península a los griegos, y la batalla de Alalia (535), que se la cierra, con ciertas excepciones. De ahí que nuestras fuentes sean fundamentalmente Estesícoro, Avieno, Ferécides y Hecateo, así como datos tomados de aquí en escritores posteriores.

Es interesante notar que, si bien una parte de este vocabulario, el griego (tipo *Calpe*, *Emporion*) y las adaptaciones al griego (tipo *Baetis*) se conservó, en mayor medida no fue aceptado: se trataba de nombres que daban a ciudades, pueblos y accidentes geográficos los navegantes y comerciantes griegos, simplemente.

Pero es interesante como testimonio del jonio de aquellos tiempos y, también, del conocimiento de los griegos, ya de esa época, sobre minería, productos, geografía y etnología de Hispania.

Ahora bien, *Tartessos* y *Tarsis*, formas helenizadas, nos hacen remontar más atrás: sin duda, al período en que griegos y fenicios comerciaban juntos en Andalucía, al período, a partir del siglo VIII, testimoniado por la arqueología. En otros casos, el *terminus post quem* es dudoso: el viaje de Coleo es sólo una precisión aproximada. Pero es bien posible que otros nombres grie-

gos o helenizados sean posteriores: una cronología relativa es con frecuencia imposible, como ya dije.

Para los griegos micénicos y arcaicos, e incluso para los posteriores, Sicilia era como América para los españoles, Hispania era como Oceanía. A ésta llevaron nombres como Guadalcanal. Traían sus nombres geográficos y míticos, inventaban otros sobre datos diversos que se les venían a la vista, adaptaban otros indígenas. Son nombres que a veces se difundieron e implantaron, otras veces eran usados por los solos griegos. Los nombres indígenas resurgieron con frecuencia y se añadieron los romanos (con frecuencia traducciones del griego, así *Lucentum*). Pero la toponimia griega que hemos estudiado no deja de tener interés tanto desde el punto de vista de la lengua griega arcaica, como desde el propiamente histórico.